

**Pedro Luis Echeverría Goñi, *El Renacimiento oculto de la iglesia de San Telmo en San Sebastián. La capilla-panteón escurialense de los Idiáquez y sus pinturas (1574-1614)*, San Sebastián, San Telmo Museoa, 2017, 236 pp.**

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.84.2018.400-402>

El hallazgo de unos restos pictóricos en las bóvedas y la parte superior de los muros en la cabecera de la iglesia que perteneció al antiguo convento de San Telmo, en San Sebastián, y que forma parte, desde principios del siglo XX, de las instalaciones del Museo que conserva en su nombre el de la advocación de la fundación dominica que acogió desde mediados del siglo XVI, ha promovido, a lo largo de los últimos años, una serie de intervenciones y de investigaciones en torno a ello. Gracias a ese detenido y cuidado trabajo, se ha recuperado no sólo la materialidad de lo conservado, sino también la memoria de sus fundadores y promotores artísticos, además de presentar un ambicioso programa figurativo, pleno de sugerencias en cuanto a la difusión de obras y modelos en el arte del siglo XVI.

Estos avances en el conocimiento de una capilla funeraria cuya decoración se consideraba perdida han sido posibles gracias a que, en paralelo a la restauración, se desarrolló una metódica investigación que consiguió localizar en el fondo Idiáquez, conservado en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, diversos documentos y trazas inéditas de gran interés, aunque algunas no estuvieran en relación directa de la capilla, como es el proyecto de palacio familiar en Anoeta, que no se llegó a construir.

La fábrica y la decoración del convento de San Telmo fueron el resultado de una feliz confluencia de la actuación de artífices locales y de otros de proyección nacional e internacional, en relación con el arte de Corte y sus conexiones artísticas con Flandes e Italia. Todo ello fue posible gracias a la personalidad de los fundadores, Alonso de Idiáquez, que gozó de la confianza de Carlos V, y su esposa, Gracia de Olazábal, y del hijo de estos, Juan de Idiáquez (1540-1614), consejero y secretario de Felipe II y Felipe III, así como embajador en Génova y Venecia, entre otros cargos. De amplia cultura y amigo de humanistas, así como convencido contrarreformista, gustaba de la pintura manierista italiana, como prueba su intervención en la llegada de Federico Zuccaro a España para trabajar al servicio de Felipe II o que, entre los pocos regalos que aceptó, se encontrara una pintura de Jacopo Ligozzi, enviada por el Duque de Toscana por medio del ingeniero Tiburzio Spannocchi.

Su gusto refinado se dejó sentir en la decoración de la iglesia de San Telmo, un edificio gótico tardío con bóvedas de crucería estrellada, construido a instancia de sus padres entre 1551 y 1562 por maestros vascos (Bolocua y Sagarzola), sobre un proyecto de fray Martín de Santiago fechado en 1542. Completaban la cabecera una curiosa tribuna, de planta circular y cubierta por cúpula, realizada por los referidos canteros locales y situada junto al presbiterio, destinada para usar en vida, y una cripta bajo el altar (descubierta en 2007), para ser ocupada tras la muerte. En efecto, por disposición testamentaria de los fundadores, la capilla mayor del templo se convirtió en su panteón.

Tras la muerte de sus padres, Juan de Idiáquez encargó su sepulcro, de mármol blanco italiano, a Taddeo Carlone (1577-1578); siguió con la realización de las pinturas

del presbiterio, a partir de 1583, a cargo de artistas manieristas de identidad desconocida; y desde 1596 con una redecoración del espacio presbiterial dirigida por Pedro Castello, según un proyecto de Francisco de Mora, que incluía una reja de madera con dos cuerpos de balaustres que delimitara este ámbito, un embaldosado en forma de damero negro y blanco, y un zócalo de azulejos toledanos que imitaban jaspes de colores, de los que se conserva el diseño de Castello. La suntuosidad de la capilla mayor se reforzó con colgaduras de terciopelo y damasco carmesí, que cubrían los muros, como se puede ver en el diseño que se conserva. Más tarde se añadieron unas calles laterales al retablo, una versión un tanto simplificada del que se encontraba en San Jerónimo el Real de Madrid, ambos obra de Cornelis Floris. El donostiarra había sido encargado en 1546 por Alonso de Idiáquez y se pagó por él la elevada suma de 1.000 ducados. En 1609 Juan de Idiáquez ordenó al escultor guipuzcoano Ambrosio de Bengoechea, de lenguaje romanista, que lo ampliara con dos calles en los extremos laterales.

Por entonces se comenzó una gran sacristía nueva, que se añadió en paralelo a la cabecera, en el lado de la Epístola. Se levantó sobre trazas de preciso rigor clasicista, que se publican en este libro, diseñadas por Pedro de Brizuela, maestro de la Catedral de Segovia, y materializadas por el ingeniero real Jerónimo de Soto.

Si como se ha ido relacionando, las aportaciones para el conocimiento de la configuración y el carácter de este espacio funerario de los Idiáquez son de por sí ya suficientemente significativas, lo más relevante y singular de este libro, es su última parte, consistente en el estudio de las pinturas de las bóvedas y el testero de la capilla mayor, de las que se conserva aproximadamente un tercio de su totalidad. Se trata de un original conjunto realizado al temple sobre cal seca, con un fondo amarillo claro, que produce la ilusión de dorado y sobre el que destacan ciertas grisallas que fingen elementos arquitectónicos y marcos, además de emplearse para las figuras y los motivos decorativos que recorren los plamentos. De todo ello se proporcionan abundantes datos técnicos. A las pinturas de las bóvedas se unen las halladas en la parte superior de los muros de la cabecera, en cuyo paño central se adivina una compleja composición de *Gloria* en torno a un Padre Eterno, que habría proporcionado una gran espectacularidad a este espacio.

Como especialista en la “pinceladura” del País Vasco, Echeverría Goñi reconoce que las pinturas de San Telmo no fueron hechas por artistas locales, sino por otros que participaron de los presupuestos figurativos y técnicos (uso de cartones, estarcido, punteado, etc.) del arte italiano, aunque nada se conoce sobre su identidad. Por ello y porque la finalización de estas labores está documentada en 1583, propone cierto nexo con los decoradores del Monasterio de El Escorial. En cualquier caso, queda patente también una cierta influencia rafaelesca, sobre todo de la transmitida a través de los grabados.

Echeverría Goñi no se ha conformado con reunir todos estos nuevos materiales, sino que ha ido más allá y, de manera fundamentada, ha propuesto numerosas relaciones y comparaciones con dibujos, grabados y otras pinturas que presentan formas, lenguajes artísticos y técnicas pictóricas semejantes, anteriores o contemporáneas, a las pinturas donostiarras. Y gracias a los nuevos medios digitales, en ciertos casos incluye hipótesis

virtuales sobre el aspecto que pudieron tener tales pinturas, que añaden aún más atractivo a este sorprendente conjunto.

MARÍA JOSÉ REDONDO CANTERA  
Universidad de Valladolid  
[redondo@fyl.uva.es](mailto:redondo@fyl.uva.es)

**Salvador Andrés Ordax, *San Telmo, arte e iconografía. (Memoria luso española del “Corpo Santo”)*, Valladolid, Fundación Las Edades del Hombre, 2017, 228 pp.**

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.84.2018.402-404>

El 15 de octubre de 2009 se celebró en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife el acto público solemne de apertura del curso 2009-10 de la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel Arcángel. Tras la lectura de la memoria y otros informes de rigor, la presidenta de la institución cedió la palabra al invitado que había de pronunciar la conferencia de honor, el Catedrático de la Universidad de Valladolid don Salvador Andrés Ordax.

El académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid y de la de Bellas Artes de Extremadura disertó sobre “Los patronos de los navegantes en el arte” (*Anales de la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel*, 2, 105-117), trazando una sugestiva panorámica sobre los protectores del mar que han venido asistiendo a los navegantes en las dificultades de sus travesías. Una variada lista que se centró en San Erasmo, San Nicolás de Bari, objeto de devoción en el Mediterráneo Oriental, San Vicente y San Telmo, con arraigado predicamento en la costa atlántica, cuya tumba visitó Ambrosio de Morales en la catedral de Tuy. El emisario de Felipe II también llamó la atención sobre sus reliquias y esbozó “la suma de su vida”, que empezaba así: “Fue pequeño de cuerpo, alegre de rostro, natural de Frómista, de parientes honrados y ricos, llamados Telmos”.

El autor que nos ocupa aborda ahora el estudio de la figura de San Telmo con buen estilo y fecundo material documental y gráfico, acumulado durante más de dos décadas de investigación. Ha dividido su trabajo en cinco capítulos y un epílogo en el que asocia de manera muy acertada las dos figuras ecuestres que coronan el órgano de la catedral de Tuy: Santiago y San Telmo, los dos apóstoles de Galicia. Cabe matizar que el interés del Catedrático por la figura del santo dominico se fue afianzando gracias a las estrechas relaciones personales y académicas establecidas con gentes, paisajes y monumentos del País Vasco, Galicia y Portugal, hasta dar a la imprenta el libro de referencia.

El capítulo primero, “El protagonista y sus circunstancias”, desarrolla la trayectoria vital del santo a partir de la documentación reunida, las tradiciones y referencias piadosas que envuelven su devenir, desde su nacimiento en Frómista hacia 1185 al ingreso en la orden dominica y los servicios prestados a Fernando III en las campañas andaluzas. A su